

arañas más lucientes; y en la torre las más vibrantes campanas: para que desde el grano de ágata incrustado en los mosaicos, hasta las masas de las cúpulas; desde el suspiro de la virgen que lee en el devocionario, hasta el acorde del órgano; desde el cambiante de la perla hasta el haz de rayos del sol; todas las artes, lo mismo que las ciencias, gritasen á la fantasía y al corazón, á la vista y al alma toda de los fieles: *¡Hosanna á Cristo Rey de los sabios! Cristo es el Rey de las ciencias! Cristo es el Rey de las artes!*



LA CIENCIA ANTICRISTIANA



LA CIENCIA ANTICRISTIANA

(SÁTIRA)

¡Oh qué hermoso discurso el que habéis visto!
¡Qué sabio el mundo fué por Jesucristo!
Él es el gran maestro: sus ideas
De su antigua niñez han despertado
Y en su menor edad han educado
Las cultas sociedades europeas.
Mas es preciso confesar que el mundo
Es ya mayor de edad, tiene conciencia
De que con solo su saber profundo,
De que con sola su estupenda ciencia,
Prescindiendo de Cristo y su doctrina,
Puede ya caminar sin andadores,
De la razón sin fe llevado en alas,
Como en la cumbre andina
Vuelan por donde quieren los condores.
Eso de ir, como un ciego, de la mano
Tolerarse podía
Cuando el mundo era niño; pero hoy día
Que es entendido, racional y culto,

Mayor de edad, adulto,
No sufre ya tutor, es soberano.

Y desde que discurre por su cuenta,
Es una maravilla
La ciencia con que brilla,
Las ideas que inventa.
Con infantil candor tal vez vosotros
Pensasteis descender de antepasados
Racionales y honrados
Que andaban en dos pies como nosotros.
¡Oh ignorancia supina,
Hoy que la ciencia opina
Que el hombre más juicioso y de más tono
Tiene un abuelo por lo ménos monol

Lametrie dijo aún cosas más extrañas.
¿Cuál fué la procedencia peregrina
De nuestros padres en la edad remota?
La tierra los brotó de sus entrañas
Como los hongos brota:
Y hoy no brota otros nuevos,
Porque es vieja la tierra, y la gallina
Envejecida ya no pone huevos.

Voluntad, pensamiento, inteligencia,
Virtud, deber, conciencia...
¡Palabras sin sentido!
Querer, solo es tener en movimiento
Las fibras vertebrales.
Las más altas ideas de la mente
Son sencillos acordes musicales
Que brotan de las teclas cerebrales:

Son secreciones de la masa hirviente
Que el cráneo encierra; y ved aquí el busilis,
La fórmula feliz de estos inventos:
«El cerebro segrega pensamientos
Como segrega el hígado la bilis.»

Alma? no existe el alma!
Virtud? inútil nombre!
Como el dátil es fruto de la palma,
La virtud, según unos, es el fruto
De este árbol nuevo que llamamos hombre:
Según otros, ni aun eso;
El hombre es, como el bruto,
Máquina sometida al fatalismo.
No penséis, no, que el vicio lo envilece;
El vicio es una sal como el vitriolo.
No creáis que del bueno el heroísmo
Del hombre las acciones ennoblece.
Pues entonces, ¿porqué se nos exige
Honradez y virtud? Risible empeño!
Si yo no soy de mis acciones dueño!
Si yo soy una máquina á quien rige
La cruel necesidad! si mis acciones
De esa máquina son simples tensiones!
—Oh! usted es un impío!
Como rapante lobo
Me roba usted mi hacienda.

— Señor mío,
Está usted en un error; si yo no robo!
Es un simple resorte
De esta máquina ruin que se *distiende*.
—Que hiere usted mi honor y mi persona.

—Su ira se reporte.
 No es mi malicia, como usted pretende;
 Un resorte es no más que desentona.
 Si le estorba mi máquina, al instante
 De un hachazo con ella usted concluya:
 Si no, concluiré yo con la suya.—

Por lo demás la sociedad humana,
 Como lo ha dicho un sabio muy certero,
 No es más que un hormiguero exorbitante,
 En que el mundo es tan solo el hormiguero,
 Y los que en él vivimos las hormigas.
 Con esta diferencia solamente,
 Que entre ellas no hay intrigas,
 Reina la unión; nosotros
 Por un feliz exceso de cultura,
 Que Taine apellidó bello accidente,
 Nos comemos los unos á los otros;
 Eso sí, con finura,
 Mas siempre que podemos buenamente.

Oh! cuántas peregrinas invenciones
 Ha inventado la ciencia anticristiana!
 Cuántas nuevas ideas y nociones!
 Cuánta locura insana!

Para que un sabio obtenga
 Que la fama del mundo en su bocina
 Pregone su doctrina;
 Tres condiciones es preciso tenga.
 Novedad: nada hay que así conmueva

De un hombre sabio el pecho.
 Dice un sabio una cosa. ¿Es cosa nueva?
 Ya tenemos al hombre satisfecho.
 Pero ¿es una herejía, es un capricho!
 No importa, hay que decir algo que asombre:
 El caso es ver cómo se arregla un hombre
 Para decir lo que ninguno ha dicho.

Por ejemplo, decir que Cristo es Cristo,
 Todo el mundo lo dice;
 Por eso ha habido un sabio tan felice
 (No sé si era un francés, ó era un austriaco)
 Que ha dicho, pero en serio,
 Que Cristo, desnudado del misterio,
 Es simplemente... ¡el sol! y los Apóstoles...
 ¡Los signos del Zodiaco!
 Y corrió la patraña
 Por cierto con encomio,
 Y no se acordó nadie ¡cosa extraña!
 De llevar á su autor á un manicomio.

Concepciones é ideas tan grandiosas
 Como estas que hasta ahora habéis oído
 Tal vez nunca se os hayan ocurrido.
 Y ¡qué extraño! estas cosas...
 No se ocurren de un golpe; y mucho ménos
 Cuando se tiene entendimientos buenos.

Lo segundo que debe
 Tener todo sistema
 Para pasar por arma de combate
 En el sabiondo siglo diecinueve,

Es una idea bárbara, blasfema,
 Algún inusitado disparate.
 Aunque es difícil ya encontrar caprichos
 Á la altura de tantos adelantos
 Como ha visto este siglo. ¡Horror! son tantos
 Los disparates que llevamos dichos!

Mas lo que más que nada recomienda
 A un sistema moderno,
 Es que borre del mundo la tremenda
 Y horrible pesadilla del infierno.
 ¡Fuera ese horrible invento de los curas!
 Es preciso probar al mundo entero
 Que el destino postrero
 Nada tiene que ver con los pecados.
 Que así suelen llamar los apocados
 Á los que, cuando más, serán... locuras,
 Vértigo inevitable en las pasiones,
 Quizás de una alma noble emanaciones.
 Antes que pena eterna, ¡quién lo duda!
 Preferiré... la religión de Buda.
 Probadme que mi fin es el Nirvana,
 Ó, como ahora se dice, el nihilismo.
 Probadme que mi cuerpo es cosa vana,
 Y que aunque muera mal ¡oh Espiritismo!
 Iré á pagar mis culpas de astro en astro.
 Probadme que soy nieto, hijo ó hijastro
 De una mona sin alma;
 Á ver si de este modo encuentro calma.
 El origen de todos nuestros males
 Es el saber que somos inmortales.

No me probéis que ha muerto por mí Cristo.
 Más quiero que probéis que yo no existo.
 No me digáis que un alma grande encierro;
 Más quiero que digáis que soy un perro.
 No me digáis que soy de Dios figura,
 Probadme que un montón soy de basura.

Es de notar que el noble magisterio
 De la moderna, independiente ciencia
 No admite ya el *misterio*,
 Solo cree... lo que ve su inteligencia.
 El credo humano debe ser perspicuo,
 Más claro y evidente que un teorema:
 Veamos por ejemplo algún sistema
 El de Hégel, filósofo conspicuo.

«Yo soy *no-yo*, Señores, y vosotros
 »También sois *no-vosotros*.
 »Si yo en vosotros, al pensar, me pongo,
 »En vosotros poniéndome, me opongo:
 »Si á pensar en los cuerpos me deslizo,
 »Yo así me exteriorizo;
 »Y en el espacio y tiempo yo así puesto,
 »Ideo todo esto,
 »De que mi *yo* á la fuerza se reviste,
 »Pero que en realidad ¡claro! no existe.
 »Viene el tercer momento, me retiro
 »Otra vez á mi idea, en la cual miro
 »Que en el simple ideal del *yo* se encierra
 »Dios, el mundo, el espíritu, la tierra,
 »Que no existen, repito,
 »Porque no hay más que yo, idea, infinito,

»Que luégo, á mi pesar, me desenvuelvo
 »En arte, ciencia, historia,
 »Religión...; y, por fin, dando á la noria
 »De esta forzosa evolución y ciega,
 »Tarde ó temprano el ideal ya llega
 »Á lo perfecto del ideal humano,
 »Á saber el sistema Hegeliano.»
 Y esto así, puesto en verso,
 Parece alguna cosa,
 Porque, lo que es en prosa
 Sale el sistema mucho más perverso.
 ¡Esto creen los que dicen: ¡Yo... no creo
 Sino aquello que veo!

Hay una legionzuela de ignorantes
 (Desprecio á mí me inspiran)
 Que á los creyentes miran
 Casi con compasión; y es muy curioso
 Ver el pueril denuedo
 Con que esos arrogantes, por lo visto,
 Creen ponernos miedo,
 Diciendo con el aire desdeñoso
 De hombres desengañados: «Oh! nosotros
 No creemos en Cristo.»
 ¡No creemos en Cristo? Miserables!
 Y ¿quiénes sois vosotros
 Enfrente á ese escuadrón de innumerables
 Soldados de la fe y sus campeones?
 ¿Qué sois sino miseria é ignorancia?
 Pero hay ciertos pigmeos, que en ocasiones
 Se forman muy extrañas ilusiones

De su propia importancia.
 —¡No creemos en Cristo! mas en cambio
 En Hégel, Darwin y Stuart Mill creemos;
 Sus lemas serán siempre nuestros lemas. —
 ¿Y qué son esos lemas, sino utopias
 Y disparates de almas corrompidas,
 Que por no avergonzarse de sí propias,
 Se han lanzado á inventar nuevos sistemas,
 Con que ocultar la infamia de sus vidas?
 No les valió; si con astucia insana
 Halagando pasiones,
 Se han propuesto abatir el cristianismo,
 Es vana su locura.
 Ya lo están viendo: dura
 La fe, y ha de durar eternamente;
 Al paso que su ciencia soberana
 Todos los hombres serios y formales
 La profesan tal vez una semana,
 Y sucesivamente
 Arrojándola van por la ventana.

Ciencia de maldición ¿qué has conseguido
 En las quinientas posiciones nuevas
 Que en ese siglo llevas?

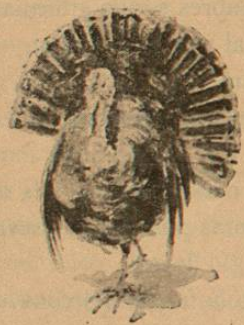
Has cegado la fuente del consuelo,
 Has engendrado el hálito del crimen,
 Has cerrado el camino que va al cielo,
 Has robado la paz de los que gimen,
 Has hecho un egoísta al opulento
 Y al pobre has hecho un criminal sangriento.

De la revolución puesta en el carro

Aplastas de cadáveres montones,
Y entre nubes de fuego y humo y barro,
Arrojas sin cesar á las naciones
De crímenes y vicios un diluvio
Más torpe y destructor que el del Vesubio.

Ciencia infernal que todo lo destruyes
¿Con qué lo destruido sustituyes?
Con nada! hasta alardeas
De haber sustituido
Al reinado de amor y de esperanza,
El reino del puñal y de las teas.

Oh! si á esto solo tu poder alcanza,
Ciencia de Satanás ¡maldita seas!



JESUCRISTO

REY DE LOS BUENOS